

17 de agosto de 2001
Corte Federal
San Juan de Puerto Rico

Soy desobediente civil y estoy orgullosa de ello. No es la primera vez que incurro en desobediencia civil ni será la última. En un mundo donde el dinero controla la suerte de los pobres, donde la fuerza domina sobre la razón, y el interés sobre la moral, la desobediencia civil es algo más que un derecho, es una obligación.

Mi propósito aquí no es amortiguar los hechos ni ablandar la opinión del juez antes de dictar su sentencia. No pido, ni quiero, clemencia de juez federal alguno. No reconozco la autoridad de esta corte impuesta, extranjera, aunque sea administrada por personas que se llaman puertorriqueñas.

Para mí, Vieques es un síntoma del cáncer colonial que sufre nuestra patria. Estoy convencida de que esta corte federal, y su marina de guerra, no son manzanas podridas. Por el contrario, el sistema entero es un pastel podrido del cual algunos de nosotros, equivocadamente, insistimos en comer. Este pastel está hecho con las mismas manzanas que en el pasado han envenenado, léase robado, engañado, ultrajado, y privado de su libertad a tantos seres humanos, en nuestra patria y en el mundo entero.

Cuando entré con unas 30 compañeras a los terrenos brutal y salvajemente expropiados, ilegalmente ocupados por la marina de guerra de los Estados Unidos en Vieques, lo hice porque sentía esa gran obligación.

Lo hice por solidaridad con las mujeres viequenses, mujeres valerosas que no merecen padecer toda una gama de enfermedades causadas por la contaminación, ni soportar el que sus familias, sus hijos, las sufran para que otros puedan jugar a la guerra. Si el caso de Milivy Adams, esta niña de sólo 3 años, víctima ya del cáncer, no le acosa la conciencia, Sr. Juez, entonces nada ni nadie podrá hacerlo.

Lo hice porque las víctimas del bombardeo de la marina no deben tener que esperar ni un minuto más. Cada partícula de polvo en el aire que transporta ese uranio, que le provocó, por ejemplo, una calvicie total y prematura al joven Rolando García, sigue regando la tragedia en las familias viequenses. Ese aire que estarán forzados a respirar, y las comidas que han de ingerir de aquí al 2003, seguirán cobrando víctimas. Sería un crimen esperar. Sería un crimen cruzarnos de brazos. Y aún si fuera justo esperar hasta el 2003, no creemos en la marina, mentirosa mil veces, no creemos en el presidente, mentiroso también. Nos toca a nosotros puertorriqueños y puertorriqueñas de Vieques, de San Juan, de Mayagüez, de Lares, de cada rincón de nuestra nación, sacarla. AHORA.

En fin, lo hice por todos los niños y niñas viequenses, que no merecen ni un minuto más del ruido infernal de las bombas que no cesan de interrumpir su sueño, sus trabajos escolares y sus juegos, y por todos los niños y niñas del mundo que tienen derecho a crecer en paz, a estudiar con tranquilidad, y a jugar alegremente. Entré a nombre de mi esposo y mis hijos, en especial a nombre de mi hijo, ya fallecido, quien estoy segura hubiera entrado conmigo si se encontrara vivo. De hecho, entré con él.

Y lo haría de nuevo si fuera necesario.

Irmgard I. Iglesias